

Fatum y unidad en la obra de Virgilio

A la memoria de mi maestro Karl Büchner

En su lección de apertura a este Simposio Virgiliano ha mostrado Paratore, con persuasiva eficacia, cómo el elemento bucólico constituye un *fundamento* de la poesía virgiliana que, como lazo de unidad, da coherencia a toda la obra del poeta de Mantua, desde la Bucólica a la Eneida. Este problema de unidad entre vida y obra reviste, sin embargo, una difícil complejidad y no puede resolverse sino a fuerza de redescubrir los varios motivos que posiblemente contribuyen a dicha unidad, hasta encontrar el más radical y básico.

El tema aquí apuntado recibió ya un impulso nuevo con F. Klingner (*Die Einheit des Vergilischen Lebenswerkes, Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts, Römische Abteilung*, Bd. 45, 1930, p. 43 ss.), quince años antes de que Paratore nos ofreciese su precioso *Virgilio* en 1945. En 1952 mi maestro Karl Büchner publicaba en la *Real Encyclopädie der Altertumswissenschaft* su artículo *Vergil*, de 473 columnas, y señalaba, tras el análisis metódico (col. 243), cómo la Bucólica constituía *una parte* de la unidad en la obra y vida Virgilio. Lo pastoril no era algo que Virgilio dejara olvidado tras sí, sino que es un componente de su ser que sigue influyendo y traspasando con su luz toda la obra siguiente.

Pero este elemento bucólico no es el único componente de esa unidad, sino que existen otros hilos paralelos que, con igual rango, constituyen el entramado de toda la obra. ¿O habrá alguno decisivamente dominante? Mi propósito, como una contribución a clarificar el problema de la unidad, es mostrar hasta qué punto la idea del *fatum* o des-

tino es, desde la concepción virgiliana del mundo, el vínculo más poderoso de su obra, y eminentemente de la Eneida. En ese concepto se incorpora la profunda religiosidad de Virgilio.

Sabemos por *Catalepton* 5, y lo mismo se percibe en toda la Geórgica, la fuerte influencia que en Virgilio ejerció la doctrina epicúrea. Con entusiasmo lucreciano desea él *conocer las causas de las cosas* (G. 2, 490). Pero a pesar de la veneración que sintió por Lucrecio, Virgilio no quedó preso en el materialismo de Epicuro. Su resistencia al dogmatismo nos permite descubrir en Virgilio resonancias de otras doctrinas filosóficas, sin jurar en maestro alguno, como tampoco hiciera Horacio, su óptimo amigo. Pensamiento estoico vemos claramente asumido en el libro 4 de la Geórgica (219-27) y de modo especial en el libro 6 de la Eneida (724ss.). Pero en modo alguno podemos ver a Eneas adherido al ideal de la ataraxia. Sólo la concepción del destino, en la que el hombre encuentra la escuela del sufrimiento esclarecedor de la existencia humana, muestra rasgos estoicos recogidos por Virgilio.

La sustancia última del alma virgiliana se nutre de una profunda fe, original característica del más genuino espíritu romano, sin el cual no es posible entender su cultura, al menos la más consistente. Un *numen* divino domina en todas las cosas. Este dirige las rutas del mundo y da a cada individuo una misión al servicio de una meta común. Ese *numen* está encarnado en la voluntad de Júpiter, padre de dioses y hombres. A esta voluntad queda subordinado todo cuanto, en su múltiple escala, es considerado divino. Y esa voluntad divina se manifiesta por excelencia en la expresión *fatum*, síntesis de la Teología virgiliana. Servio, buen intérprete de Virgilio, anota en su Comentario a Eneida 2, 54: *Fatum modo participium est, hoc est, quae dii loquuntur*. Es decir, lo dicho —*fatum*—, la palabra pronunciada por los dioses, es la razón fundamental de todo suceso de este mundo. Los Escolios a Virgilio explican igualmente *fatum* y *fata* como *dicta*, y añaden: *id est Iovis voluntas*. Esta observación traza claramente una frontera frente al concepto homérico de *moira*. La *moira* iliaca no puede ser comprendida, y se

coloca en una oscura lejanía, más allá de Zeus y de todos los dioses. Todo el Olimpo homérico queda sometido a la *moira*. Aun para los dioses griegos hay una hondura insondable. En Virgilio, en cambio, no cabe ese latente planteamiento de interrogar, hasta el infinito, sobre el porqué del porqué. El *Iupiter omnipotens*, su voluntad, se identifica con el *fatum* e incorpora a sí mismo el poder eterno sobre dioses y hombres (cf. *En.* 9, 18). El *fatum* de Virgilio se distingue claramente del indescifrable destino homérico. El *fatum*, romano sobre todo por obra de Virgilio, es la voluntad de Júpiter que exige, una vez dicha su palabra, un cumplimiento ineludible (*En.* 1, 278). Su más dramática expresión está en Juno: en su odio constante piensa repetidas veces que la voluntad de Júpiter se puede cambiar, y otras tantas tiene que experimentar que el destino implica una ley inmutable y eterna.

Desde la filosofía de la religiosidad acaso no pueda determinarse con mayor precisión este *fatum* virgiliano. En último término, Virgilio vió aquí un problema de fe, que no cabe aclarar con meras categorías intelectuales. Se trata de una grandeza desconocida que conduce los sucesos terrenos, pero que al mismo tiempo juzga sobre el bien y el mal. Este *fatum* es a su vez *providencia divina*. Varias veces emplea Virgilio en su Eneida el vocablo *fas* casi como sinónimo de *fatum*, aproximándolo a *derecho divino*. A partir de él se determina también la conducta humana, sin eliminar su voluntad. Séneca captó perfectamente esta sustancia virgiliana, presente en *En.* 2, 7, 3, 114, 8, 131, entre otros lugares, al afirmar que entregarse al *destino praebere se fato* (*Dial.* 1, 5, 8), es aquello a lo que el hombre debe racionalmente someterse, igual que vemos en Virgilio. Con todo, el *destino* se pone graciosamente al lado de aquellos que, siendo *insignes pietate*, dan a los dioses el honor debido y oyen la voz divina, manifestada en sueños, oráculos y voz de los muertos. En este horizonte vio precisamente el Cristianismo, desde San Agustín, la interpretación de Virgilio como algo propio, ya que la existencia de Eneas es constantemente un sometimiento a la voluntad divina aun en las horas oscuras, que hacen pensar en un congénere «hágase tu voluntad».

PRESENCIA DE FATUM EN BUCOLICA Y GEORGICA

Con toda claridad podemos perseguir hoy el camino sólidamente construido por Virgilio a esta concepción de la vida y del mundo, regido por el *fatum* o voluntad única de Júpiter. El pensamiento es ya firme y resuelto en la juventud del poeta, plasmado en la fe ingenua de sus pastores sobre el gobierno de los dioses hasta culminar en la idea conductora de toda la Eneida.

Alentados por una fe profunda en la providencia divina viven, aman y cantan los pastores de la Bucólica. Esa providencia regala el *otium*, y también la fuerza para llenar ese *otium* con sus cantos. Pan, Apolo, todos los númenes del bosque y del campo, el mismo Júpiter, que vive en toda la naturaleza, protegen a los pastores y moran entre ellos de un modo espiritual. Esta presencia de lo divino, creencia entrañada de Virgilio, la vemos en ese gesto insoslayable de los pastores que una y otra vez comienzan sus cantos con una invocación de un numen divino, en cuya gracia y favor sienten enmarcados su dolor y alegría. Desde esta radical religiosidad, religación vivida, se amplía el horizonte de la Bucólica hacia una ideología más alta, que determina más la obra sucesiva del poeta y se transforma en sustancia de su idea de la Historia.

Ya en la *Egloga* 5, cronológicamente la tercera, se nos presenta el motivo sintomático de la misión salvadora de un hombre que elevado a los dioses da cumplimiento a su voluntad. Un *fatum* ha arrebatado a Dafnis, y hombres y dioses toman parte en el suceso, hasta la misma escala irracional y vegetal (v. 25 ss., 34 ss.) del mundo. Pero Dafnis aparece glorificado y transforma el dolor de los pastores en felicidad y bendición (v. 56 ss.). Aquí resuena por vez primera la idea de una *aetas aurea*, en la que se inicia la extinción de la agresividad natural de los seres. De esta figura simbólica de Dafnis se abre el camino, a través de César, hacia Octavio Augusto, y lleva de la *Egloga* 5, pasando por la 9, 1 y 4 —ésta última el más famoso poema de toda la poesía latina—, a la *Geórgica* y a la *Eneida*. La *Egloga* Cuarta significa una etapa importante y clave. En ella aparece la misión de un dios hombre, que trae la nueva edad al mundo, al servicio del *fatum* de Júpiter.

Pero en la *Bucólica* se mantiene todo de un modo misterioso, resuena en la esfera intemporal, en una Arcadia creada por el alma de Virgilio, pero alejada del mundo y que ha suministrado un nuevo paisaje literario a la literatura europea. En la *Geórgica* percibimos un proceso nuevo. El destino de Italia y de Roma entra ahora en un marco histórico, verificado en la dura realidad del trabajo que recibe, por Virgilio, un valor ético desconocido hasta su tiempo. El *fatum* impregna la fuerza toda de la tierra, desde la dura labranza hasta el más fácil trabajo compensado en el generoso producto de la abeja. La providencia divina es ahora revelación palpable, paso firme y decisivo frente a las ideales insinuaciones de la *Bucólica*. También aquí, un hombre, con rasgos divinos —porque incorpora en la Historia la voluntad de los dioses—, Octavio Augusto, domina en todos los sucesos. A él le han encomendado los dioses la misión de hacer cumplir y realizar en sí mismo la voluntad divina. Su gobierno ayuda a los hombres para traer la edad de oro, igual que Júpiter actúa en todo el universo.

De modo inequívoco se muestra aquí la unidad fundamental entre *Bucólica* y *Geórgica*. Esta unidad se concentra en el concepto de *fatum*. Los poemas homéricos, lectura continua de Virgilio, no pueden ofrecer ya en este horizonte el material en el cual pueda basar Virgilio la acción de su *maius opus*, de la Eneida. No es posible hablar aquí de imitación sobre un modelo griego.

FATUM EN LA ENEIDA

El motivo de la venida de Eneas a Italia había sido ya tratado por la historiografía romana. Virgilio conocía bien los materiales, y de ellos supo hacer un drama de significación a la vez simbólica e histórica, un drama que recibe su sello romano bajo el *Leitmotiv* del concepto de *fatum*. He ahí la radical novedad de la Eneida. Su conocimiento de la tragedia griega, los influjos de la literatura helenística, de Apolonio de Rodas sobre todo, le proporcionan sugerencias valiosas. Las numerosas reminiscencias de Nevio, Ennio, Lucrecio, Catulo y Cicerón iluminan y fortalecen un horizonte largo, irisado de elementos míticos y reales, del que surge el mundo inconfundible y propio de Virgilio.

En la *Eneida* adquieren densidad histórica los pensamientos que percibíamos de modo enigmático en la *Bucólica*, aquellos mismos que realizados en la experiencia y en el marco del presente y del futuro geórgico se convierten en la idea conductora de la *Eneida*. El orden de Júpiter, impreso en el mundo, ha puesto la semilla de la que se desarrolla el destino de Roma hasta su cumplimiento victorioso en Augusto.

El Proemio de la *Eneida* nos presenta los presupuestos para el camino y la meta de Eneas. En tal proemio resuena precisamente, como acorde significativa de toda la sinfonía épica, nada menos que seis veces el concepto de *fatum* o su equivalente (I 2, 4, 18, 20, 22, 32). Este *fatum* ha obligado a Eneas a abandonar su patria y a traer sus Penates al Lacio. De ahí nacerá el poderoso imperio romano. La providencia ha determinado ese proceso histórico y elegido a Eneas como ejecutor protagonista. La trama recibe tensión desde el principio. Juno y su ira tratarán de impedir el cumplimiento del *fatum* y acarreará al héroe multitud de sufrimientos y luchas, sin excluir la más refinada red de la seducción. Juno misma es consciente de que el *fatum* le impide alejar a los troyanos del Tíber (*En.* 1, 39), y de que no nacerá un imperio mundial en Cartago, sino en Roma. De este modo proyecta Virgilio a un horizonte divino los hechos de la Historia. Así se cumplirá la voluntad divina. *Tantae molis erat Romanam condere gentem* (33). En este verso resume el poeta el motivo conductor que hay que descubrir tras las diversas circunstancias a que se ve sometido Eneas. A este planteamiento del material histórico y teológico podríamos llamar el «complejo entramado de la *Eneida*».

El poema comienza con una repentina vuelta atrás, cuya acción no presenta los hechos cronológicamente, sino in *medias res*, como había mostrado con su técnica Homero. En una tempestad marina sale por vez primera a nuestro encuentro Eneas. Sumido en la zozobra del mar recuerda dolorosamente la patria abandonada. Su imagen y la gloria de los héroes viven en él. Desde este pasado asciende a su alma el sagrado deber para el futuro. Y de este futuro cobrará él energía para cumplir su misión.

En toda la *Eneida* reaparece constantemente este mo-

tivo. Ello significa una característica esencial del *pius Aeneas*, pero a su vez se muestra, en tal consciencia de futuro, cómo bajo la idea de *fatum* se abrazan el pasado troyano y el porvenir romano. Tras la calma de la tempestad marina encontramos a Eneas por segunda vez. A pesar de sus graves preocupaciones exhorta a los troyanos, en virtud de su propia *magnitudo animi*, psicograma fundamental del héroe antiguo, a mostrarse valientes (I 260 ss.). Les recuerda la empresa que les impuso el destino. Por el libro 2 y 3, anteriores en su contenido temporal, sabemos que Eneas conoce su misión. En último término surgirá tranquilidad y paz para todos en el Lacio. Allí nacerá una *nueva Troya*. Preocupada está también Venus, la madre de Eneas que, como rival de Juno, promueve el cumplimiento del destino. Por sus súplicas oye el lector de la Eneida la total trascendencia de la providencia divina, que ha determinado Júpiter (I 257 ss.): Eneas, tras muchas pruebas, llegará a Italia y abrirá a los suyos el dominio del mundo. A este imperio no se le han puesto fronteras. Hasta la misma Juno se convertirá al pueblo romano. Y el rudo pueblo guerrero recibirá un día la bendición de una cultura pacífica. La paz de Augusto, profundamente sentida por Virgilio tras las guerras civiles, es la última meta, a la cual conducirá el destino a través de los sufrimientos de Eneas y de los cambiantes siglos de la Historia de Roma. Igual que lo hace la promesa de Júpiter, así lo aclara también el gran discurso de Anquises en el libro 6 (756ss.), en el que se mira hacia el futuro, desde Eneas mismo, el *fatum* del pueblo romano. Aquí experimenta Eneas de un modo definitivo y en toda su gran significación su gran tarea personal. En el libro 7, de un modo concentrado, resuena una vez más, en la descripción del escudo, la alta canción de la constancia romana, tal como la ha previsto el *fatum*. Nada paralelo, sobre tal conciencia histórica, podemos hallar en Grecia.

EL FATUM EN LA RUTA

Difícil es el camino que ha de recorrer Eneas: sufrimientos, pruebas y luchas. Antes del Episodio de Dido nos da Eneas, en los libros 2 y 3, una visión retrospectiva de

sus vivencias, desde la caída de Troya hasta el desembarco en Libia. En el libro 2, al presentarse en sucinto bosquejo el tema de la *Ilioupersis* (primer tratamiento de la multiplicidad de leyendas bajo perspectivas troyanas), tenemos ya la selección de tal núcleo narrativo incorporada a la idea de la providencia, tal como San Agustín interpretó el *fatum virgiliano*. Los dioses han determinado la ruina de Troya. El prodigio de Laocoonte es un signo inequívoco de la catástrofe, pero los troyanos lo interpretan falsamente (2, 40-56, 199-233). En la subsiguiente noche terrible se aparece al héroe el espectro de *Héctor* (2, 289ss.), y le anuncia el destino de Troya. Eneas debe abandonarla y llevarse los Penates para darles una patria nueva. Este anuncio primero de la voluntad de los dioses es oscuro. Eneas no quiere seguir primeramente este consejo. Desesperado acude a las armas, y en ese momento se le aparece *Panto* (2, 323 s.) y le confirma el sueño: *venit summa dies et ineluctabile tempus*. Eneas está lleno de ira y furor, ni escucha la voz del destino. Pero en un crescendo escénico de personajes tiene ahora ante sí a su madre Venus quien le avisa sobre la *inclementia divom*, ordenadora de todo el suceso (2 594 ss.). Venus le exhorta a que obedezca el mandato divino. Anquises se interpone rechazante. Pero el cielo da otro signo inconfundible. Una llama prodigiosa en la cabeza de Julo, el hijo de Eneas, y un trueno de Júpiter eliminan toda duda en la voluntad de los dioses. En la huida pierde Eneas a su mujer Creusa. La sombra de ésta, muerta aquella noche en el horror del asalto griego, confirma esa misma voluntad, cuando Eneas va en busca de su mujer desaparecida. Padre, hijo y esposa forman otro dramático crescendo. Y Creusa es la que le anuncia otra vez el futuro. Aquí, por vez primera, de labios de su esposa, oye Eneas el nombre de la tierra donde está su meta: *terram Hesperiam* (2, 781).

A pesar de esta claridad del anuncio, oímos a principio del libro 3 —«*el libro de la búsqueda*», como certeramente lo ha denominado Büchner— la desalentadora situación de los que dejan la patria en ruinas: «*sin saber a dónde nos lleven los Hados*» (v. 7). Es esta una de las discrepancias, que hallamos en la Eneida incompleta, y que nos suministran criterios importantes para la fecha de la composición

de los libros en particular o de grupos de versos. Sabemos por el Comentario de Donato que Virgilio dispuso su Eneida no *por orden*, es decir, en la disposición de su bosquejo hecho antes en prosa. El libro 3 resume el rico material de motivos tradicionales en una redacción llena de dinámico dramatismo. Virgilio acometió en su trabajo escenas aisladas de especial efecto y las configura con vistas a su tema general, en el que faltó la última mano.

Anquises, como *paterfamilias*, asume la responsabilidad de interpretar los signos de los dioses. Desde la tumba aleja a todos de Tracia la terrible voz de Polidoro (41 ss.). En Delos es Apolo quien les remite a su patria primitiva (94 ss.). Allí, en la tierra de sus antepasados —anuncia Apolo—, florecerá la casa de Eneas en grandeza nueva (121-91), que no en vano vino de Italia a Troya el fundador de la misma, Dárdano. Pero esa patria primitiva no es Creta, como falsamente interpreta Anquises (162). Apolo envía en ese momento una sombra de los Penates (147 ss.): claramente anuncian ellos la tierra, Italia, donde hay que fundar una ciudad que será cabeza del mundo (163). Con esto clarifica definitivamente la misión de Eneas. Pero aquí se intercala un motivo retardante (192-290): llenos de esperanza se lanzan los troyanos a las naves, y una tempestad los arroja a los Estrofades. La harpía Celeno da entonces su oráculo terrible: Italia es la meta, pero no rodearán de murallas la futura ciudad antes de que el hambre les obligue a comerse sus mesas (255). Alterados temen Eneas y sus compañeros que no se cumpla su misión. En Butotrum, sin embargo, da Heleno, el rey vidente, la nueva y decisiva esperanza (294 ss.). Este hijo de Príamo ha fundado ya su segunda Troya, imagen de la antigua. Para él y los suyos se ha cumplido ya el destino.

Fata viam invenient, anuncia Heleno (395), con toda seguridad. Júpiter ha fijado la meta del destino y su cumplimiento es indudable. Pero el camino continúa siendo largo y doloroso. El lugar de la ciudad lo indicará una *cerda con treinta lechones* (388 s.; cf. 8, 42 y 81 s.). Juno, no obstante, debe ser aplacada por Eneas con oraciones y sacrificios —a su enemistad se alude con énfasis tan sólo en este lugar del libro 3 (437 s.). A su vez recomienda Heleno

visitar a la Sibila de Cumas, de la que Eneas conocerá algo importante para el cumplimiento de su misión (441 ss.). Los troyanos se ponen en marcha. Italia aparece a la vista (521 ss.). En Drépano pierde Eneas a su padre (708 ss.), «su consuelo y tormento en los peligros». Con *propia fuerza* debe ahora Eneas seguir la voz del *fatum* y enfrentarse a múltiples tentaciones, que una y otra vez ponen en peligro su objetivo. Frecuentemente reducirá Virgilio a su héroe a la soledad, a la confrontación consigo mismo, desde la muerte de Anquises, y múltiples veces le veremos alejarse de los suyos para volver de nuevo con renovadas energías.

FATUM Y TRAGEDIA

Una gran prueba ha de soportar Eneas en Cartago. Todo lo que la tradición literaria nos ha transmitido acerca de la tragedia de Dido es muy distinto a lo que leemos en el libro 4 de la Eneida. Dido aparecía en esa tradición como *la viuda fiel* que, ante las amenazas de un pretendiente, termina en el suicidio. Con toda probabilidad fue Nevio quien presentó ya a Dido como la mujer amada abandonada por Eneas (Cf. R. Heinze, *Vergils epische Technik*, 115 ss.). Virgilio sólo utilizó esta versión en su Eneida. Pero comunica a la tragedia de Dido una función importante que no parece haber tenido antes en Nevio. En su cordial humanidad es puesto Eneas a prueba para ver si tiene la grandeza de permanecer fiel a su meta. Detrás de esa prueba se oculta Juno, al intentar detener el cumplimiento del *fatum*. Gana para su causa a la propia Venus, en una alianza típica de mujeres, en cuanto que la madre de Eneas duda si Júpiter permitirá la unión de Eneas y Dido (110), de Cartago y Roma —querida por Juno, 102-3—, en contra del destino ya anunciado. Esta situación de duda dramática se acrecienta con la unión amorosa de Dido y Eneas. En tal momento, en el que se pone en duda la marcha misma del Poema, un mensajero de Júpiter, Mercurio, recuerda al héroe su misión (222), ya que la fama del hecho ha llegado a oídos del supremo dios. Con duras palabras le reprueba el mensajero y le amonesta que ha olvidado, como indigno *uxorius*, el reino que el *fatum* le tiene destinado (265 ss.). Este simple recuerdo basta para volver a Eneas a su anti-

guo camino. En vano intenta Dido doblar su voluntad (296 siguientes). Eneas regresa a su fidelidad histórica, que ni siquiera él eligió, para que sea más alto su propio sacrificio íntimo: *Italiam non sponte sequor!* (361). Todos los reproches apasionados de Dido, su llanto y aun la mediación de su hermana (416-39) no son capaces de emblandecer a Eneas, a quien vemos sufrir con una calidad humana, destello mismo del alma virgiliana. El *fatum* prosigue su curso implacable, ahora con trágicas consecuencias (440). El final, con que la reina Dido se supera a sí misma, es de lo más conmovedor que ha dado la Literatura latina. La configuración psicológica de este libro muestra cómo Virgilio ha asimilado lo mejor de las corrientes neotéricas, sobre todo a Catulo con su Poema 64. Con razón se ha llamado a este libro 4 la única *tragedia romana* que puede compararse a la tragedia griega. La muerte de Dido es necesariamente trágica porque su alma grande no puede sobrevivir a la destrucción de la parte más noble de sí misma, que era la fidelidad a su vida anterior (534-52). Por otra parte, Dido no estaba a la altura de un acontecimiento que llegaba a ella desde fuera. Con su muerte quedaba simbolizado el odio de Cartago a Roma. Más aún: la destrucción de Cartago dentro del mundo histórico, que estaba presente a los ojos de Virgilio. La incorporación de este drama del alma, con su justa exigencia al amor, a un mundo de la Historia es la gran originalidad de Virgilio ante esa materia común de la tradicional leyenda. La grandeza de Eneas, ahora renunciando al propio corazón, se acredita de nuevo. Los dioses y el *fatum* ordenan. La obediencia del héroe no es automática, sino conseguida a través del dolor personal.

Seguro de su meta —*certus iter* (5, 2)— llega Eneas a Sicilia. Aquí organiza los Juegos en el aniversario de la muerte de su padre. El hijo se siente conscientemente unido al padre. El final de los Juegos trae algo no sospechado y, al mismo tiempo, muy significativo para la acción de la Eneida. De nuevo trama Juno vengativos planes (604 ss.). Por encargo suyo persuade Iris a las mujeres troyanas prender fuego a las naves y poner fin al incesante errar por los mares (623 ss.). Júpiter presta su ayuda a Eneas y se salvan del incendio cuatro naves (687 ss.). Pero este

suceso es para Eneas una nueva y muy difícil prueba. Otra vez vemos vacilar al héroe: no sabe si permanecer en Sicilia o buscar Italia conforme al *fatum* (5, 700). No es esto signo de una figura vacilante e inconsecuente, mal perfilada por el poeta, sino auténtico análisis de un corazón lleno de humanidad, que conoce y experimenta la condición del hombre. El viejo Nautes recuerda a Eneas la voz del destino (704 ss.), aun a costa de dejar en aquel lugar a las mujeres y a los ancianos. Eneas se siente abrumado, como máximo guía de su pueblo. En ese momento se le aparece su padre y le corrobora la palabra de Nautes (721 ss.). Esta apelación le llega de un mundo trascendente y seguro. Con ello desaparece la indecisión que se apodera de Eneas en las arduas luchas del alma. Un nuevo tipo de héroe, frente a la voluntad rectilínea de los héroes homéricos, nace aquí para la épica, impregnada de acentos propios del drama de Eurípides. La antigua energía de la voluntad, acrisolada por la duda, regresa a su espíritu. Como antes Heleno, su padre Anquises le exhorta a que visite a la Sibila, que revelará el último sello del destino. El círculo de lo trascendente se hace más cerrado y denso.

De labios de la Sibila (libro 6) oye Eneas las luchas que le esperan. Pero éstas son aceptadas con plena conciencia de futuro. El pensamiento órfico-pitagórico se pone aquí al servicio del *fatum*, que se manifiesta en su última profundidad a través de la famosa «contemplación de los héroes futuros de Roma». El libro 6, cumbre y centro al mismo tiempo, tiene su punto culminante en el encuentro de Eneas con su padre. Ahora, adoctrinado por su padre, contempla Eneas el glorioso desfile de varones que llevarán su nombre a través de la Historia. Al final de la visión está *Augusto*, que extenderá el Imperio hasta las últimas orillas del mundo y traerá la Edad de Oro. Esto vale para Eneas como llamada histórica, que se realizará gracias a la *virtus*, impulsada por el *fatum*. Toda la Historia de Roma pasa ahora ante los ojos del oyente. Su meta última es el «siglo de Saturno», como ya se anunciaba, con prodigiosos signos, en la Egloga 4, que deja de ser ensoñación poética y puro anhelo del alma virgiliana. Unas palabras inolvidables (847 ss.) anuncian la determinación histórico-universal del pueblo roma-

no, cuyo precedente ideológico había ya formulado Cicerón en su *Prefacio a las Tusculanas* y corroboran los célebres versos de Horacio (2 *Epist.* 1, 156s.). La visión de plena seguridad a Eneas sobre su misión al servicio de una voluntad divina. Cómo ha de cumplirse ésta es el contenido de la segunda parte de la Eneida, del *maius opus*, como la llama Virgilio (7, 45).

FATUM EN LA ILIADA ROMANA

También la segunda parte de la Eneida —la *Iliada Romana*— está estructurada bajo la idea de *fatum*. Como motor antitético de esta parte se repite el motivo insistente de la *ira de Juno*. Igual que al comienzo de la «Odisea de Eneas», con sus escenas de las tempestades marinas, las *escenas de Alecto* constituyen los impulsos simbólicos de los siguientes libros. Frente a las fuerzas demoníacas de la naturaleza, overtura del libro 1, las otras más temibles del mundo racional, por venir del hombre, son en esta segunda parte las fuerzas reales del mundo histórico, como ha mostrado la certera y lúcida interpretación de la Prof. Carmen Codoñer.

El libro 7 comienza lleno de esperanza. Eneas parece estar al final de su meta. El anuncio del *fatum* ha llegado también al Lacio. El rey Latino espera al yerno que vendrá de una tierra lejana y cuyos descendientes serán creadores de un reino universal. Todos los signos apuntan a que esa hora está ya cerca. El terrible prodigio de la mesa aparece ahora como cosa inofensiva (7, 112 ss.; cf. 3, 255 ss.). Pero Juno hace salir a Alecto del infierno. La diosa sabe que no puede eliminar al *fatum*, pero sí al menos retrasar su cumplimiento —*moras addere rebus*— haciendo caer sobre los pueblos sangrientas pruebas (7, 312 ss.).

De este modo la *Furia* aparece orgánicamente en el Poema como terrible personificación de la Discordia. Triple es su obra infernal. En primer lugar hace a Amata presa de loca excitación (341 ss.): de ella se propaga una báquica locura a todas las mujeres latinas. Su segunda víctima es Turno. Bajo la figura de una venerable sacerdotisa de Juno lo irrita con desprecio y burla hasta provocar en él sumo apasionamiento (421 ss.). Por último, en una escena de ca-

cería (481 ss.), hace arder abierta guerra entre troyanos y el pueblo labriego de los latinos. El rey Latino se somete al curso de los acontecimientos. Así consigue Alecto el objetivo señalado por Juno. Esta misma abre las puertas del templo de Jano. Tal suceso, *contra fata deum*, es un crimen (7, 584) que ha de expiar Turno (594 s.).

La excitación provocada por la apertura del templo, convocando a guerra a los pueblos itálicos (7, 647 ss.), llena de preocupación a Eneas. ¿Cómo podrá superar, al servicio del *fatum*, ese general alzamiento contra él? De nuevo percibimos la intención de Virgilio en crear una figura de héroe sometido a todas las vicisitudes y dudas del alma (8, 19 ss.). El dios *Tiber* se le aparece en sueños y le confirma otra vez la voluntad del *fatum* (26 ss.). El prodigio de la *Cerda* (3, 388), anunciado por Heleno, hallará su cumplimiento ahora (8, 42 ss., 81 ss.). El dios le recomienda buscar auxilio en el rey Evandro (51 ss.). Con las primeras luces de la mañana, y con una oración a Tíber y a las divinidades del bosque, inicia Eneas su marcha (66 ss.). Por un camino lleno de visiones maravillosas llega Eneas a aquellos lugares en los que Roma tendrá su comienzo glorioso. Aquí oye él por primera vez hablar del reino áureo de Saturno (314 siguientes), símbolo de la Paz Augústea. Aquí contempla lugares venerables, célebres lugares del culto en la época de Augusto (337 ss.).

Pero menguado es el auxilio de Evandro. Tanto más significativa, en cambio, la ayuda de los etruscos, que Evandro sugiere (558 ss.). A ellos se les dió un oráculo sobre el triunfo de un extranjero contra Mecencio y su aliado Turno. Eneas es consciente de cuántos sacrificios le costará esa empresa. Un signo terrible de su madre Venus hace fulgurar las armas bajo un triple trueno y rayo, presagio del fragor de las armas (527 ss.). Eneas conoce el significado: *ego poscor Olympo*, el Olimpo me llama (533). Pero han de ser los enemigos los que exijan la guerra y rompan los pactos: *poscant acies et foedera rumpant* (540). Su profundo sentido de humanidad no permite a Eneas desencadenar la lucha (520-40).

Gran importancia encierra todo este pasaje para la acción de la epopeya. Su relieve es comparable a la despedida

de Dido y a la decisión de abandonar Sicilia sin dar oídas a los tímidos. Sobre sí mismo carga Eneas las penas de la guerra, fiel a la misión que a él encomendó el destino. Esa extraordinaria dimensión de futuro se aclara a Eneas en la descripción del Escudo (617 ss.), réplica a Homero con un nuevo sentido de la conciencia histórica. Maravillado contempla Eneas sus imágenes (619 ss.). Aquí se revela proféticamente lo que ya escuchamos antes de labios de Anquises (libro 6), o de la misma promesa de Júpiter en el libro 1: *el futuro de Roma*. Los sucesos múltiples y cambiantes de la Historia de Roma aparecen ahora en una visión concentrada. Vértice de toda la organización del material histórico son las hazañas de Augusto. Su victoria en Accio (671 s.) —2 de septiembre del año 31 a.C.— es el momento decisivo para Roma y para la Humanidad, según Virgilio. A esta meta, que es la *Paz Augústea* y el retorno de la Edad de Oro, condujo forzosamente el *fatum* desde unos comienzos oscuros de leyenda a través de los largos siglos de la Historia Romana. Aunque Eneas no comprenda los detalles —*rerum ignarus* 730—, carga lleno de optimismo sobre sus hombros (*imagine gaudet*) el renombre y el destino de sus descendientes: *famam et fata nepotum* (731). Es como un nuevo Atlas que sostiene la pesada cumbre del mundo romano.

Los libros 9 y 10 encierran las grandes batallas de la Eneida que preparan el gran duelo final del 12, tras el intervalo o armisticio que supone el 11. El libro 9 es el de las escaramuzas, clásicas en la epopeya. Estas comienzan por el primer asalto de Turno al campamento troyano, bajo el acicate de Juno y de su mediadora Iris. Eneas se halla ausente. Con todo, no logra Turno incendiar las naves (9, 1-122): un prodigio lo impide. Cibeles, la madre de los dioses, cumple la promesa que antes diera Júpiter y salva las naves. Se transforman en ninfas marinas, con lo que recoge Virgilio las leyendas mágicas, tan queridas del pueblo. El estupor se apodera de los Rútulos. Los mismos caballos quedan como fascinados (124). Hasta el río Týber suspende su curso. Las leyes naturales detienen su ritmo. Sólo Turno, en su ceguera y desmesura, interpreta estos signos divinos en propio favor (128-8158). Su discurso le-

vanta los ánimos y todos terminan en alegre borrachera (160 ss.).

La voluntad de Júpiter se ha cumplido con el desembarco de los troyanos. Pero Turno también tiene su *fatum*: destruir a ese pueblo criminal (136-38). Frente a frente se hallan aquí los dos destinos: el que Turno exige para sí y aquel otro que Júpiter determinó de un modo irreversible. Conocer el *verdadero destino* y someterse a él es, tal como Virgilio quiere, un mandato divino para los hombres (10, 501-2). El final de la lucha y el de Turno se perfilan claramente. Pero antes vemos a Turno preso de un placer asesino (9, 47 ss., comparación con el lobo en 57-66). Dos jóvenes troyanos, Niso y Euríalo, en los que Virgilio alza el eterno monumento a la amistad, intentan llevar a Eneas la noticia (9, 176-449). Ambos caen en heroica resistencia. Turno hace llevar sus cabezas prendidas a punta de lanza, a plena luz del día, conduciendo a sus huestes al asalto del campamento troyano. Nada como esta escena plastifica con mayor relieve la crueldad y la falta de *humanitas* del caudillo latino. La reacción de la madre de Euríalo y sus palabras son de lo más patéticamente desgarrador que ha escrito Virgilio (481-97). Turno representa una *vis consilii expers*: hace guerra por exigencias personales. A su lado actúa el *fatum* desmedido. Su falta de respeto al hombre y enemigo muerto, ante cuyo cadáver debe cesar el rencor y la saña, es germen de su propia destrucción. Tal tipo de hombre no puede tener derecho a la convivencia humana. Está contra las leyes de humanidad. Frente a Turno se alza la *humanitas* y la *religio* de Eneas, como una encarnación de la *vis temperata*. Al final de este libro parece cumplirse ya la voluntad de Júpiter (806 ss.): Turno ha logrado entrar al campamento troyano y es acosado por éstos. Pero ahora ocurre un prodigio, cuando su huida parece imposible: Juno, a quien Júpiter ha prohibido que intervenga en auxilio de los Rútulos, salva a Turno. Al Tíber se lanza con plena armadura, y de nuevo parece retrasarse el curso del destino.

A esta economía poética del retardamiento contribuye el libro 10 con sus grandes batallas. A ellas precede un *concilium deorum*. De nuevo oímos cómo todos los sucesos terrenos están en las manos de los dioses. Se trata de la

filosofía virgiliana de la Historia. Júpiter aconseja a los dioses la concordia (15 ss.). Su voluntad no ha sido desencadenar la guerra. Las diosas deben abstenerse de toda intervención. Con vehementes quejas replica Venus acerca de las graves penas de sus protegidos y sobre la dureza de Juno (18-62). Ella duda del gobierno del destino. ¿Quién es capaz de doblegarlo o de fijar otro nuevo? (33 ss.). Con apasionada cólera responde Juno (62-95, duelo de almas femeninas) y conscientemente desfigura las razones fundamentales de los sucesos ocurridos hasta ahora. Dialécticamente sirve esta controversia para clarificar más la determinación del verdadero *fatum*. Júpiter añade a todo ello que el destino mostrará lo conveniente (*fata viam inuenient* 113). Todos, troyanos y rútilos, deben aceptar lo que el destino les depara, y de ese modo acreditarse a sí mismos. Quien revele verdadera *virtud* será favorecido. Pero ya no puede dudarse sobre quién mostrará auténtica y humana grandeza.

Duras y cambiantes son las luchas parciales de la gran batalla. Sus detalles son tributo de admiración al modelo homérico. Palas, el hijo del rey Evandro, cae a manos de Turno. Eneas, venido con la fuerte ayuda de los etruscos, entra en lucha. Busca a Turno para vengar a Palas. De nuevo parece estar vecina la hora del *fatum*. Y otra vez interviene Juno (606 s.). Licencia consigue de Júpiter para librar a Turno de la lucha. Pero es tan sólo breve pausa al cumplimiento irrevocable. Turno no escapará a su fatal destino.

En el libro 11, continuación del tema guerrero, contiene las principales escenas de incineración de los muertos. Para ello se pacta una tregua de doce días. Por parte de los Latinos (234 ss.) se celebra una asamblea en la que se expresa el deseo general de los pueblos por la paz. Hay que hacer una confederación, y un duelo entre Turno y Eneas debe decidir el final de la guerra. Turno, en cambio, persiste en la continuación de la resistencia general a Eneas. Sin decisión final termina el consejo y continúan las luchas.

En el libro 12 se cumple el destino. La voluntad de lucha por parte de Turno permanece inquebrantable (11-17). *Desertor de Asia* llama a Eneas y con él ansía entrar en

personal contienda. Eneas acepta el reto gustoso (107-112): se debe consciente al *fatum*. En presencia de ambos ejércitos se hace solemnemente un pacto (161-215). Al fin la decisión fatal aparece inminente. Pero de nuevo se entrecruza Juno. Por incitación suya (134-160) la ninfa fluvial Juturna, hermana de Turno, persuade a los Rútulos a que renueven la lucha (216-310). Un signo divino engañoso, que hace Juno posible, es tempestuosamente saludado por los Rútulos. El disparo del vidente Tolumnio (con su modelo en Pándaro, *Iliada* 4) rompe impiamente el pacto hecho bajo la garantía de los dioses. Y de nuevo se enciende la batalla. En vano se esfuerza Eneas en frenar esa lucha (311 ss.). A él mismo le acierta un dardo, aunque fuerzas divinas le restañan pronto la herida. Sangrienta es la siega de la batalla. Turno está enfurecido, desesperado ya, e inseguro en su fe de victoria. Eneas, en cambio, está ahí lleno de justa cólera por el rompimiento de los pactos sagrados. Un brillo celeste se desprende de sus armas (166 ss.), preanuncio de victoria. Su meta es ahora emplazar a Turno. Pero Juturna impide el encuentro (468-99).

Cuando Turno conoce la grave situación de los suyos, se presenta al duelo con Eneas contra la voluntad de su hermana (614-790). Como un monte que se derrumba, destruyéndolo todo (684 ss.), se lanza Turno al asalto. En el divino Eneas habita la majestuosa grandeza de eternas montañas (700 ss.). En él reposa la bendición de los dioses. La espada de Turno se parte en el primer embate, y suplica acosado por Eneas. Un disparo de lanza debe poner fin a la huida de Turno, pero la lanza queda clavada en las raíces de un olivo. La ninfa Juturna, instrumento de Juno, proporciona otra espada a su hermano. Pero Venus arranca también la lanza del muñón del árbol. La suerte postrera está ya cerca.

Júpiter la provoca (791-842). A Juno hace recordar que el *fatum* y la bendición de Eneas son cosas por él establecidas hace tiempo. No tiene sentido continuar oposición alguna. Cede la diosa con humildes ojos. Sólo pone esta condición razonable: que se conserve el nombre, las costumbres y el lenguaje de los Latinos. ¡Que la estirpe romana se desarrolle poderosamente en virtud de la fuerza itálica!

El destino toma, tras esas palabras conciliantes, su curso definitivo. Avisada por una mensajera de la muerte, que envía Júpiter, abandona el campo Juturna. La presencia de *Dira* paraliza la energía interna de Turno. Júpiter, antes del duelo, había pesado ya en su balanza el destino de ambos luchadores (725-27). Y Júpiter *pesa* y juzga, según Virgilio, conforme a la constancia y valor del hombre. Eneas superó esa prueba. En él se hallan encarnadas las viejas virtudes romanas, la *virtus* y la *pietas*, la *iustitia* y la *clementia*, y de nuevo culminarán en Augusto. Así se vinculan dos eslabones claves de la Historia de Roma. En Turno dominaba el *furor impius*, y Eneas fue llamado a domarlo. Con profundo dolor se inclina Turno ante el destino, ante el proyecto universal de Júpiter.

En suma concentración de materia e ideas ocurre el suceso de la Eneida. Su estructura básica es la idea sobre el destino de Roma, el concepto histórico y teológico de *fatum*. Este, prometido por el padre de los dioses, se aclara a Eneas lentamente, por etapas dolorosas, para cumplirse al final en una creciente consistencia. De un modo simbólico, sin el cual no hay verdadera poesía, se fundamenta ese concepto en el discurso de Júpiter, en el libro 1. La Paz de Augusto tiene su germen en Eneas. Tema fundamental de la Eneida es, bajo perspectivas antitéticas, la superación de los poderes demoníacos, la sujeción de pasiones destructoras que explotan una y otra vez en la historia humana en formas siempre cambiantes. En ese horizonte ha visto Virgilio la acción de los dioses y de los hombres.

El contraste entre las divinidades de la Eneida tiene su paralelo en las figuras humanas. Incorporación de la actitud romana, según la mente de Virgilio, es Eneas: obligado a los dioses y a los antepasados, *pietate insignis et armis*, ejecutor del orden divino en la tierra. El heroísmo creado por Virgilio se funda en el espíritu de la época pacífica de Augusto. Se trata de un largo camino de purificación interior, que lleva desde la rabia nocturna de aquella desesperada lucha en Troya hasta la madurez con que se acerca a la Sibila. También se acredita, al servicio de su misión, como un héroe guerrero. Pero él no quiere la guerra, como algo horrendo y cruel.

La grandeza heroica de Eneas se aclara también ante la oscuridad de las pasiones que aparecen en Dido y Turno. Estas encarnaciones de fuerzas demoníacas son realmente trágicas. Grande y noble es por su parte, naturalmente, la orgullosa y piadosa reina, simbólica encarnación de Cartago. Pero un amor apasionado quema fatalmente su corazón, aunque no puede apartar de Eneas su sentido del deber. Ya en la Egloga 10, con su centro en Galo, había mostrado Virgilio el final destructivo de quien proclama la omnipotencia del amor y quiere que todo ceda a su imperio. Tres veces intenta Dido algo semejante. Pero conmovedor es asimismo el final con el que a sí misma se supera la fundadora de Cartago. En ella se realiza inevitablemente otro tema fundamental de la Eneida. Repetidas veces indica Virgilio cómo su destino anticipa la ruina de Cartago en el mundo histórico. De este modo un destino individual se convierte en símbolo de historia colectiva.

También Turno, el rival de Eneas en la Iliada Romana, es en el fondo un gran héroe prototipo de Italia. Su glorificación está muy cerca del corazón de Virgilio: Turno está lleno de una intacta moralidad, aunque presente cuño homérico en su trazado psicológico. Así la horrorosa furia de la guerra, Alecto, puede encender en él cóleras demoníacas. Es la antítesis de Eneas. Tales poderes del infierno, las fuerzas bárbaras de la destrucción —ya presentes en el lamento de la Egloga Primera—, son superadas por Eneas. Por esa razón es trágico el destino de Turno. Y el destino exige sus víctimas en aras de una nueva idea del mundo. Ese mundo nuevo, el de Eneas, es de tal índole, porque así está proyectado en el *fatum*, causa fontal y dinámica de la obra virgiliana. En último término es ella el sentido de la Historia, cuyo vértice está en el hombre en quien Virgilio puso su fe histórica: en Octavio Augusto. Nada parecido puede ofrecer en parangón la epopeya griega. Aun teniendo a Homero por modelo fundamental, Virgilio trasciende aquí todo esquema imitativo.

ALFONSO ORTEGA CARMONA
Universidad Pontificia de Salamanca